El Picasso de los periódicos

MÁS de una vez he definido a Mingote como «el Picasso de los periódicos». Y no sólo porque con frecuencia recuerda al genio, cambia una teta de sitio o pone los dos ojos de una bella a un mismo lado de la cara. No sólo por eso, sino también por la variedad, versatilidad, movilidad e inventiva de su arte.

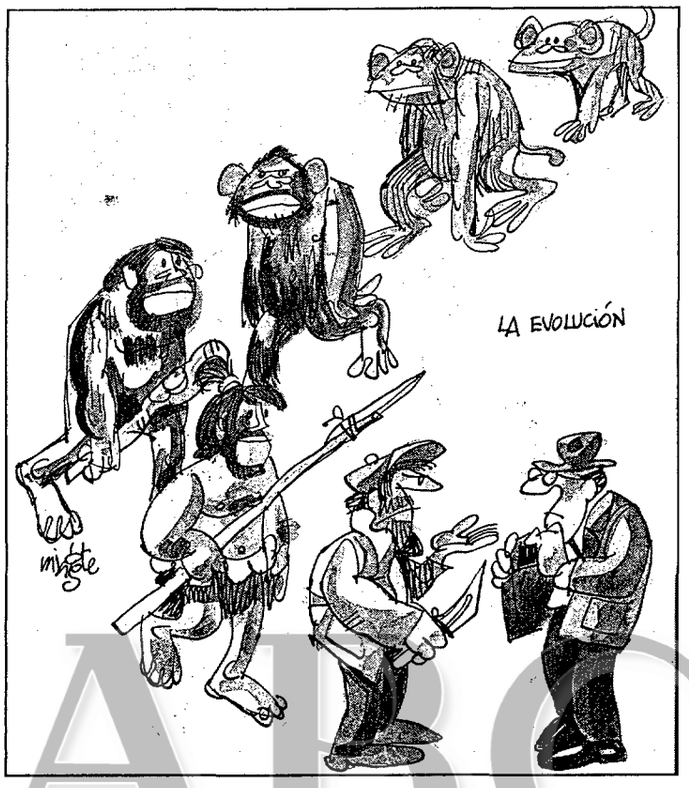
Se habla mucho del Mingote humorista, de sus ideas, de sus ocurrencias, de sus textos. En eso todos estamos de acuerdo en que es un humorista impar no sólo en España, pero en Europa. De lo que no se habla, porque España es un país de grandes pintores donde los españoles no entienden de pintura, es del arte de Mingote, de su grafismo y de la evolución de éste.

Me cogió la adolescencia cruel (Cela) como párvulo de «La Codorniz», y allí Mingote hacía «La pareja siniestra», un humor negro que se resolvía en ternura, y donde el dibujo era minucioso, «realista», fiel al tema. (Otro tanto podría decirse de «Don José».) Mingote, todavía hoy, cuando hace grandes dibujos de encargo para el Ayuntamiento o para un teatro, es un maestro del trazo, de la síntesis, pero sigue siendo «formal», como el encargo lo exige.

Donde hay que seguir la evolución artística, estética, subversiva de Mingote es en el chiste diario del ABC. Antonio Mingote principia en el ABC por los años cincuenta, lo cual fue una revolución: un «subversivo» de «La Codorniz» incorporado al diario conservador. Lo que no matizaba la gente es que el monárquico rotativo de Serrano tampoco era conservador frente a Franco, sino que le hacía todos los días la guerra al militar desde la oposición legal y real de Don Juan III. Entre el archiarzobispal «Ya» y el fascista «Pueblo» de Emilio Romero, lo que leíamos los jóvenes, qué cosa, en entrelíneas subversivas, era el ABC.

ASÍ explicado, se ve que no hay ninguna incoherencia en que ABC fichase a un subversivo de «La Codorniz» para encargarle un chiste crítico diario. Esto devolvía la sonrisa y la mala leche necesaria (tampoco más de la necesaria) a nuestra Prensa diaria, ya que los otros periódicos, nacionales y regionales o locales, se aprestaron en seguida a buscar su humorista local. La fórmula fue uno de los grandes éxitos del diario de los Luca de Tena.

Tiene uno escrito más de una vez que los dos grandes secretos de ABC son el chiste de Mingote y la grapa. Mingote me felicitaba así las últimas navidades: «Gracias en nombre de la grapa». A él le he dicho muchas veces que entre los críticos de arte españoles falta un estudio de su grafismo asombroso y la evolución de éste, que principia (y me ciño ya a la larga etapa ABC) en un realismo caricaturizado y magistral, «moderno» entonces, costumbrista, pero que hoy llega a todas las audacias picassianas y «personales» de resolver una esposa con un trazo, un rojo con un detalle y una tía buena con un libre juego de volúmenes que está en Matisse, en Dalí, en Picasso por supuesto, y hasta en el imaginario Cervatt de la gran Patricia Highsmith. Pero la última sabiduría de Mingote consiste en que, cuando hay que volver al realismo, porque la tragedia del tema lo exige, caso ETA, pinta un etarra y un guardia civil de un realismo duro, seco y preciso.



(8-6-1986)

Luego tiene la faceta lírica y alegórica, que suele dedicar a los muertos. (Estoy deseando morirme para que me haga un dibujo en ABC, porque es que no hay manera.) ¿Su trazo está siempre al servicio del texto? Uno diría que sí, sólo que Mingote ha ido educando a los lectores de su periódico, desde el universitario a la marquesa, de modo que aceptan ya la resolución que Mingote le da a un senador o a un futbolista mediante cuatro líneas urgentes que están entre el cubismo y la abstracción. Decía Matisse que hay que simplificar, siempre simplificar, y Mingote ha llegado a simplificaciones geniales (llega todos los días), sin que la gran crítica nacional se haya enterado ni ocupado de señalar que en Mingote tenemos a uno de los mayores dibujantes del siglo.

Se lo digo en los viajes, en los cócteles y siempre que hay ocasión:

—El personal no se ha enterado de cómo vas evolucionando en tu grafismo, Antonio, el gentío, o sea, es que no se entera de nada.

—Es que si no lo hago así, me aburro, Paco.

—Ya. Igual me pasa a mí con la columna.

EL refrito y el sofrito se quedan para «los incurables de la Academia», que decía Solana. Mingote es de la Academia, pero está muy bien curado, como un jamón o un queso, en su madurez enjuta. Tenemos pendiente que Mingote pinte un bisonte altamirano (el de las cajetillas, o sea) en una cueva prehistórica que mi entrañable José María Stampa tiene en Chinchón. El bisontefield lo descubrirá la mano inocente de la nuera más joven y bella de José María, a la que no olvido, y nos proponenos circularlo por el mundo como el otro, el famoso, y cobrar taquilla a los curiosos, que Chinchón es pueblo turístico. El propio Mingote, que le va muy bien vestirse de subalterno, puede hacer de guía del hiperbóreo torete.

Sólo un hombre tan bueno, tan sencillo, tan entero como Mingote puede ver con indiferencia cómo su obra gráfica pasa ante la mirada urgente de la época sin que un lector ni un crítico ni un profesional reparen en el magisterio inspirado a que ha llegado este hombre, este dibujante matisse / picassiano (con cuya intención, a veces y por supuesto, no estoy de acuerdo).

Alguna vez le he urgido de palabra (nuestra vida es una continua entrevista), y ahora lo hago por escrito, a que se inventa una exposición por libre, una estampida de todos los corceles de su inspiración y su oficio, sin sujeción a temas ni encargos. Tienes que hacerlo, Antonio, tienes que hacerlo, antes de que tú y yo seamos definitivamente viejos, aunque sé que de viejo lo harías igual.

PIENSO que si este dibujante lo tuviera la izquierda ya habría sido consagrado hace mucho. Yo, que soy de izquierdas hasta cuando miro un cuadro, digo aquí y ahora que Mingote, a primera vista, es el Picasso de los periódicos, pero, estudiado con más despacio, me resulta un Matisse cotidiano en el arte de simplificar, como decía el poeta que para tener un poema bueno basta con quitar lo malo. Y maestro d'Ors se inventó aquello que nunca dijera Miguel Ángel:

—Se coge un trozo de mármol, se le quita lo que sobra y ya tenemos la Venus de Milo.

Estamos, pues, en que el arte occidental ha seguido un proceso de simplificación, desde el Renacimiento hasta hoy, salvo la orgía barroca, que tanto amo, y el punto final de ese proceso, aquí y ahora, es Antonio López en el realismo y Mingote en lo suyo. No hay herejía en lo que digo, y me siento seguro de que el propio Antonio confirmaría la capacidad de síntesis actualísima, lo que importa, en Antonio Mingote.

Hay un cierto paralelismo entre la labor de Mingote y la mía (quizá por eso somos tan amigos), salvo que él es un genio y yo no: me refiero a que el público nos quema a diario por do más pecado habíamos: la política, o sea, pero nadie se entera de mis excesos literarios ni de las simplificaciones asombrosas de Mingote, cuando se pone.

En mi madrugadora «Guía de la postmodernidad» sostengo que el postmoderno valora más una falsificación que un original, aunque sea de Picasso. Falsificaciones es lo que se merece un país que aún no ha descubierto a Mingote.

Francisco UMBRAL

ABC (Madrid) - 19/06/1993, Página 67
Copyright (c) DIARIO ABC S.L, Madrid, 2009. Queda prohibida la reproducción, distribución, puesta a disposición, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de esta web, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición como resúmenes, reseñas o revistas de prensa con fines comerciales o directa o indirectamente lucrativos, a la que se manifiesta oposición expresa, a salvo del uso de los productos que se contrate de acuerdo con las condiciones existentes.